

¿Qué podemos esperar de la visita de Schultz? *LR-26-6-88*

La situación centromericana se toma cada día más compleja, pues además del ya tradicional problema de los sandinistas en Nicaragua y de la guerrilla en El Salvador, en los últimos meses se le ha sumado el de la permanencia espuria del general Noriega en Panamá. Paralelamente, los rumores de golpe de estado en Guatemala no dejan de escucharse y la situación política de Honduras, con un ejército extraño de 12.000 hombres en su propio territorio, nos conduce a la lógica conclusión de que el presidente Azcona está sentado en un barril de pólvora. Este ajedrez, que cada día se complica más y más, tiene que ser analizado con sumo detenimiento. Así lo han comprendido los Estados Unidos ya que, por primera vez en muchos años, ha enviado a su Secretario de Estado —el personaje político más importante después del Presidente dentro del Poder Ejecutivo— a conversar con los Presidentes democráticos de Centro América.

Ahora bien, ¿qué se puede esperar de la visita del señor Schultz específicamente a Costa Rica? Si la visita se realiza primero a las otras capitales de Centroamérica, perfectamente podría venir con una tesis de consenso, que pondría al Dr. Arias Sánchez en una situación difícil. Por el contrario, si primero visita Costa Rica y logra el apoyo de nuestro Gobierno lógicamente su posición sería muy fuerte respecto de los demás presidentes centroamericanos; lo contrario ocurriría si su tesis es rechazada por Costa Rica, pues en tal caso tendría escasas posibilidades de éxito en los restantes países del área. De manera que el escoger cuál país visita primero constituye por sí mismo un problema para el secretario de Estado Schultz, independientemente de los temas que discutirá con los cuatro mandatarios.

En cuanto al fondo, las divergencias podrían ser irreconciliables entre la posición del Gobierno norteamericano y la del presidente Arias. Para nadie es un secreto que la posición del gobierno Reagan se centra exclusivamente en una solución de carácter militar, pues considera que sin la presión militar debida los sandinistas no estarán jamás dispuestos a negociar y a democratizarse. Por el contrario, también es sabido que nuestro Presidente es enemigo acérrimo de la ayuda militar a los "contras", pues considera que la solución del problema nicaraguense es estrictamente política, ya que sólo mediante el diálogo directo de las partes involucradas en el conflicto y de la presión política de los países del área y de otras naciones amigas, es posible que los sandinistas se demócraticen y finalmente se obtenga una paz definitiva en el vecino país del norte.

Nos parece que ambas posiciones son correctas, pero parcialmente ciertas y antes de ser irreconciliables más bien se complementan.

En efecto, la praxis ha demostrado que los sandinistas no están dispuestos a negociar ni a demo-

cratizarse si no se ejerce verdadera presión sobre ellos. Por tanto, la amenaza de una intervención militar juega un papel importante, en la medida en que los obliga a negociar y no a tratar de imponer unilateralmente sus condiciones a la oposición. Pero, por otra parte, una posición estrictamente belicista, que deje por fuera la negociación política, es totalmente insuficiente para resolver el problema, pues militarmente la "contra" no podrá derrocar al Gobierno sandinista, a menos que sus recursos se aumenten sustancialmente, lo cual no parece factible en el futuro cercano. Es claro que la única solución militar al conflicto sería una intervención armada directa de los Estados Unidos, lo cual no favorecen, en estos momentos, ni los republicanos ni los demócratas, por las graves repercusiones que una intervención del género podría tener en el resultado electoral de noviembre próximo. Entonces no queda más camino que, paralelamente a la presión militar que se ejerza sobre los sandinistas, exista una salida política viable, en la que participen activamente los demás países centroamericanos con nuestro Gobierno a la cabeza, Venezuela, Argentina, España, Colombia, Canadá, las naciones de la Comunidad Económica Europea y los escandinavos. En otros términos, se requiere de la acción concertada de numerosos gobiernos de los dos continentes, a fin de lograr que la solución del conflicto nicaraguense se produzca en la mesa de negociaciones y no en los campos de batalla.

Creemos que tanto el Gobierno de los Estados Unidos como el de Costa Rica deben flexibilizar sus posiciones actuales, a fin de llegar a una fórmula realista y efectiva de encarar el problema de Nicaragua. Si cada parte se considera poseedora de toda la verdad, la situación continuará estancada por mucho tiempo más, lo cual, lógicamente, sólo favorece la consolidación del régimen marxista de Nicaragua. Tanto nuestro país como la potencia del norte están claros en sus objetivos: hacer que desaparezca la amenaza totalitaria en Nicaragua y que el país se demócratice en el correcto sentido de la palabra. La diferencia estriba en los medios para lograr esos objetivos tan claros. Por ello ambos gobiernos deben ceder en sus posiciones extremas y buscar una alternativa viable y realista que resuelva el problema sandinista a corto plazo.

Dentro de este contexto, la visita del secretario de Estado Schultz en estos momentos es muy conveniente, pues perfectamente podría inaugurar un nuevo estilo para enfocar las relaciones diplomáticas bilaterales en relación con el caso nicaraguense, dado que los antagonismos del pasado no han conducido a nada positivo. Se requiere que la política exterior norteamericana se nutra de los consejos de nuestros países y viceversa, pues en última instancia los ideales y metas que persiguen son coincidentes: demócraticar a Nicaragua y lograr una paz estable y permanente en ese sufrido país.